

C  
972  
S

que le había dado el general mexicano, al enseñarle como se acepta la derrota después de ejecutar todo cuanto manda el deber para obtener la victoria?

«Ya estaba ocupada la arrogante Puebla. Su caída dejaba en nuestras manos 20 generales, 303 oficiales superiores, 1119 oficiales subalternos y más de 11000 suboficiales y soldados. ¿Qué tratamiento debía darse á esta guarnición vencida?

«Este punto dió origen á grandes disputas entre el general en jefe y el ministro de Francia, cuyas mutuas relaciones se habrían agriado más si tal cosa hubiera sido posible. Dubois de Saligny hizo notar que habiéndose rendido sin condiciones los defensores de Puebla, se podía disponer de ellos á nuestra guisa, pues ninguna convención les protegía. Concluyó pidiendo que Ortega y sus oficiales fueron deportados á Cayena ó por lo menos confinados á la Martinica.

—«Es cierto, respondió Forey, que no hay convención escrita; pero las leyes del honor me obligan más aún de lo que me obligaría mi firma puesta al calce de un papel, pues estoy dispuesto á no faltar nunca á las tradiciones de confraternidad militar. Tal vez este ejército haya excitado el enojo de los políticos; pero en cambio se ha ganado la estima y la consideración de nosotros los soldados; y me propongo á todo trance no consentir que se trate como malhechores á tantos valientes.

«Todavía más radicales que Saligny y proponiendo una medida más sumaria, estaban los generales mejicanos que servían á los franceses, como el Gral. Almonte y el viejo Gral. Woll, que (á pesar de ser éste de origen francés) trataban austera y sencillamente de que Ortega y los suyos fueran fusilados; Forey ni siquiera se tomó el trabajo de responder á aquellos salvajes.»

El Sr. Bulnes se mesa los cabellos, derrama ceniza sobre su cabeza y rompe sus vestiduras al calcular lo que costó al país el sitio de Puebla, y califica á Juárez y á los suyos con los nombres despectivos que tan á mano tiene siempre nuestro historiador.

Hagamos el balance de lo que costó el sitio y de los resultados que trajo; quizás podamos comprobar que los elementos perdidos valían poco en comparación de los resultados que se obtuvieron.

«La toma de Puebla hizo caer en manos de los franceses 26 generales, 303 oficiales superiores, 1179 oficiales subalternos, 11000 suboficiales y soldados y 150 piezas de artillería.

1. Bueno es fijarse en que estas cifras proceden de autores franceses, natural-

«El 18 de mayo se habían rendido en Puebla 1508 oficiales.

«El día de la salida estaban presentes: 22 generales, 228 oficiales superiores, 700 oficiales subalternos: Total: 950.

«En el momento de embarcarse en Veracruz, había sólo 13 generales, 110 oficiales superiores, 407 oficiales subalternos, total: 530.

«La mayor parte de los que faltaban se habían escapado en el trayecto de Orizaba á Veracruz. Seis generales, Ortega, La Llave, Patoni, Pinzón, García y Prieto se evadieron en Orizaba; otros se fugaron en Puebla mismo, contándose entre ellos Escobedo, Berriozábal, Antillón, Porfirio Díaz, Ghilardi y Negrete. Encontramos á todos al frente de partidas aisladas ó de cuerpos regularmente constituidos. Casi todos volvieron á las provincias en que se les conocía y en que disfrutaban de influencia. Fueron quienes mantuvieron el foco de las ideas liberales y contribuyeron á prolongar la guerra.»<sup>1</sup>

Como se ve, la pérdida en jefes fué relativamente insignificante, y aun los mismos deportados á Francia (con excepción de los pocos que se adhirieron al imperio) no tardaron en volver al país y en prestarle de nuevo sus servicios.

Los soldados refundidos en las tropas de Márquez, que fueron en número de 5000, se desertaron á poco andar, y el gobierno legítimo tuvo en octubre del 63 un núcleo de tropas compuesto así:

Al mando de Uraga . . . . .	10000	hombres.
„ „ „ Arteaga . . . . .	2000	„
División Doblado . . . . .	4000	„
Brigada Patoni . . . . .	900	„
„ Hinojosa . . . . .	2000	„
Fuerzas de Tamaulipas . . . . .	2000	„
<hr/>		
A la vuelta . . . . .	20900	„

mente interesados en realzar su triunfo y en abultar el número y valor de lo capturado; mas debo hacer presente que Niox, de quien son las frases anteriores, (pág. 282) pone una nota en que dice que, según parte firmado por el jefe del estado mayor de la 2ª división, sólo se estima en 9000 el número de prisioneros. ¡Ya es rebajar el disminuir lo menos en una tercera parte la cantidad de gentes vencidas! Por lo que toca á los cañones, el Gral. du Barail. (pág. 445) apoyándose en el inventario del barón Berge, pone sólo 117 bocas de fuego. Si se atiende á que la mayor parte de esas piezas se habían inutilizado quemándose las cureñas, aserrándose los afustes y haciéndose volar los obuses, la presa de los franceses viene á ser casi insignificante.

1. Niox, op. cit. pág. 282, 283.

De la vuelta. ....	20900	„
División Negrete. ....	2500	„
Fuerzas de Jalisco. ....	3000	„
„ „ Sonora. ....	2000	„
„ „ Sinaloa. ....	1500	„
„ „ Guerrero. ....	1800	„
Con el Gral. Díaz. ....	3000	„

34700 hombres.

El fracaso estaba subsanado y obtenidos los fines que Juárez se propuso al ordenar la defensa de Puebla.

Y no diga el Sr. Bulnes que el nuevo ejército pudo añadirse al antiguo, puesto que, si no era el mismo, al menos contaba con muchos de los elementos de aquél; ni menos finja fantasmagorías como la de que, con el gran núcleo de tropas que imagina, habríamos obligado á los franceses á retirarse, pues hasta la saciedad nos repite el historiador de Juárez, que si los mexicanos hubieran infligido al ejército francés un descalabro de importancia, Napoleón habría enviado sin falta 50, 100, 200 ó 500,000 hombres más de los que aquí tenía.

Ya inserté arriba el parecer de Thyval acerca del carácter de la guerra de México; du Barail escribe estas palabras comparando el sitio de Puebla y la invasión de España.<sup>2</sup>

«Al otro día de la toma de San Javier el sitio adquirió una fisonomía particular, pues se convirtió en guerra de calles. Puebla, violada, se tornaba Zaragoza.»

Idénticas comparaciones se hallan en casi todos los escritores franceses que se ocuparon en las cosas del sitio.

Movido por esta identidad de apreciaciones, un oficial mejicano del más alto valer, entusiasta por su arte y por la causa liberal y en quien los grandes servicios prestados á la patria no han sido obstáculo para su aplicación al estudio—he nombrado al Sr. Gral. D. Jesús Lalanne—emprendió un completo y utilísimo trabajo com-

1. Bancroft, *Porfirio Díaz*, pág. 388.

2. Du Barail, pág. 414.

parando los dos sitios, de Zaragoza y de Puebla. Extracto en lo conducente esa monografía.<sup>1</sup>

PUEBLA.

TOPOGRAFÍA.

Ciudad abierta.

FORTIFICACIONES.

Aprovechadas las naturales que ofrecían los conventos y manzanas de casas. Los fuertes levantados eran de tierra y se habían hecho á toda prisa.

ESPÍRITU DE LA POBLACIÓN.

Deplorable; Puebla seguía siendo la ciudad clerical, que se com-

ZARAGOZA.

TOPOGRAFÍA.

Ciudad abierta, pero con grandes obras ya construídas y el río Ebro á su margen.

FORTIFICACIONES.

La natural del Ebro; muchos conventos, iglesias y casas particulares, una gran muralla de piedra seca con terraplén y numerosas obras semipermanentes.

ESPÍRITU DE LA POBLACIÓN.

Excelente; todos los hombres válidos se alistaban para servir

1. Aprovecho esta oportunidad para dar público testimonio de mi agradecimiento al Sr. Gral. Lalanne, quien me ha ayudado en la formación de todas mis obras históricas con el cariño, el desinterés y la buena voluntad que conocen cuantos se acercan al distinguido veterano. Libros, documentos, noticias, recomendaciones para los testigos de los sucesos que no presencié, todo, en fin, cuanto puede hacer fácil, llevadera y hasta grata la tarea del investigador de historia contemporánea, me lo suministró el Sr. Lalanne con un desprendimiento y una gentileza que nunca le agradeceré bastante. Mi libro sobre Puebla, que corre impreso en la colección de mis novelas históricas, contiene (en materia de información) verdaderas joyas, que debo en gran parte á la bondad del antiguo y fiel ayudante de González Ortega.

El Sr. Lalanne no es el único general mejicano á quien debo esos servicios: también me los han prestado otros que por su jerarquía, sus antecedentes y su importancia, han dado gran valor á mis pobres trabajos mediante los informes que han tenido la bondad de suministrarme.

C  
972  
S

PUEBLA.

placía en tejer coronas para los extranjeros invasores, y en mostrarse declaradamente hostil contra los que defendían á su patria.

MANDO.

D. Jesús González Ortega, soldado novel y sin experiencia.

TROPAS SITIADORAS.

34,000 franceses y 2,600 mejicanos.

TROPAS SITIADAS.

16,000 hombres, si se cree á los testimonios de los presenciales; menos de 20,000 si se atiende á los datos que corren impresos—á contar de la salida de las caballerías.

ARTILLERÍA

178 piezas.

PROVISIONES DE LOS SITIADOS.

Escasísimas; las necesarias para alimentar á 20,000 hombres durante un mes.

PROVISIONES DE LOS SITIADORES.

Abundantes, debido en parte á imprevisión de los republica-

ZARAGOZA.

en el ejército, excitados por los frailes, que habían predicado la guerra santa contra los inmundos cerdos que destruirían la religión católica si llegaban á triunfar.

MANDO.

D. José Palafox, soldado sin práctica ni conocimientos.

TROPAS SITIADORAS.

18,000 franceses.

TROPAS SITIADAS.

45,000 hombres eficazmente ayudados por 50,000 habitantes dellugar, que tomaban las armas cuando era menester.

ARTILLERÍA.

150 piezas.

PROVISIONES DE LOS SITIADOS.

Inmensas y de todas clases. Había para alimentar á 15,000 hombres durante seis meses.

PROVISIONES DE LOS SITIADORES.

Escasas y difíciles de acaparse.

PUEBLA.

nos y en parte á cómplicidad de los hacendados, grandes simpatizadores de la intervención.

DURACIÓN DEL SITIO.

PUNTOS OCUPADOS AL CONCLUIR.

55 días. No se tomó ningún punto que constituyera una defensa principal de la plaza.

TERMINO DEL SITIO

Ocupación de la plaza. Ruptura de fusiles y cañones, inundación de pólvoras, voladura de piezas. La guarnición se constituyó prisionera sin consentir en adherirse á los invasores.

EL CLERO CATÓLICO.

«El interior de la catedral resplandecía de plata y oro. Era un deslumbramiento en medio de la desolación» (Du Barail, pág 444) «El clero de Puebla, en medio del mayor regocijo y vistiendo de gala la catedral, recibió en ella á los invasores de su Patria, cantando un solemne Te Deum por la toma de la ciudad.» (G. Ortega, Parte general.)

ZARAGOZA.

DURACIÓN DEL SITIO.

PUNTOS OCUPADOS AL CONCLUIR.

53 días. Tomadas casi todas las defensas importantes.

TERMINO DEL SITIO.

Capitulación. Los oficiales y soldados debían prestar juramento de fidelidad á José I ó prepararse á marchar prisioneros á Francia.

EL CLERO CATÓLICO.

Lannes es recibido bajo palio por el obispo Santander.

¡El sitio de Puebla, que sufre la comparación con el admirable de Zaragoza, y que le excede grandemente en lo que toca á su término, no puede ser una mancha en la historia del ejército mejicano ni en la del hombre que le ordenó y dispuso!

Por eso el duque de Aumale, presidente del consejo de guerra que juzgó á Bazaine, recordaba al capitulado de Metz el término del cerco de Puebla; por eso las ordenanzas de los ejércitos europeos previenen que en la última extremidad de los asedios se obre como lo hizo el tinterillo de Juchipila, el militar de ocasión, el ignorante y el necio á quien tan duramente califica el Sr. Bulnes.

Pero hay algo que en mi concepto se puede considerar como el resultado más importante del sitio de Puebla: el haber servido para que abrieran los ojos los conservadores de buena fe y los numerosos franceses que creían aún en la trivial leyenda de un Juárez infame, traidor, de mala fe, enemigo jurado de los alienígenas, borracho y glotón; y en la leyenda (más acreditada aún) de un partido monarquista honrado, numeroso, sensato, discreto y bien criado que volvía los claros ojos que enturbiaba el llanto, á través del mar inmenso, en solicitud de un auxilio, de una muestra de simpatía, de un gesto de asentimiento de los monarcas y los pueblos de allende.

Du Barail nos cuenta el aspecto triste y desolado que presentaba la conquista de Forey: ni una autoridad para recibir á éste, ni siquiera un empleado municipal, nadie. En las calles no había un curioso que le mirara, ni una mujer que le sonriera; atravesaba una ciudad muerta; marchaba en medio de un silencio lúgubre y crispador. . . . este contraste entre lo esperado y lo ocurrido infundía en Wolf sentimientos de humildad y dudas acerca de lo legítimo de su sangrienta intervención.

A contar del cinco de mayo, pero con más razón después del sitio de Puebla, los Rouher y los Billault no pudieron hablar más de la oligarquía que pesaba sobre Méjico ni de la misión civilizadora del ejército francés: desde entonces empezaron á conocerse los propósitos de los redentores y la negrura del colorido con que estudiadamente pintaban aquellos á los enemigos á quien combatían.

Un concienzudo estudio de un pensador americano resume admirablemente ese momento de nuestra historia: «Al principio de

<sup>1</sup> En *Annual report of the american historical association for the year 1902 Causas por-*

la empresa, dice, ninguna duda nublaba las esperanzas que tenía Napoleón III de alcanzar éxito cumplido en el establecimiento de una monarquía dependiente de Francia. Los clericales y conservadores refugiados en Europa se habían convencido de que bastaría un pequeño contingente de sus tropas para vencer la facticia oposición de los liberales. Sin duda el Ministro de Relaciones era sincero cuando aseguraba á los Estados Unidos en esta época que Francia no trataba de cohibir la voluntad del pueblo mejicano en cuanto á la elección de una forma especial de gobierno. Pensaba que por todas partes se aclamaría la bandera francesa como símbolo de liberación de la anarquía, y que protegida por ella la elección espontánea nacional traería la organización de una monarquía estable.<sup>1</sup>

«ÉSTAS ESPERANZAS RECIBIERON LA MAS AMARGA SERIE DE DECEPCIONES Á CONTAR DESDE LOS REVESES QUE ANTE PUEBLA SUFRÍO EL EJÉRCITO LIBERTADOR.»

Antes de Puebla, habíamos sido (aun en concepto de los liberales europeos) una tribu rebelde y levantisca—algo como tuaregs ó chinos de América—que rechazábamos sistemáticamente el suave yugo francés; después de Puebla se nos vió como nación briosa y fuerte que propugnaba con denuedo por su libertad; y no hubo gran pensador, periodista honrado ó político de altas miras que no nos manifestaran su intensa admiración.

En Puebla quedó probado lo utópico é impracticable del pensamiento más grande del reinado de Napoleón III.

En Puebla terminó virtualmente la intervención, que en lo futuro no pudo tener bandera, ni siquiera pretexto para existir.

Tacuba, septiembre de 1904.

V. SALADO ÁLVAREZ.

*que se retiró de Méjico el ejército francés.* Cf. sobre este asunto Randón, memorias 11, 81, 84, 85, Vieil-Castel, *Memorias*, VI 288. Nótese también el carácter de los despachos de Dayton en la *Correspondencia Diplomática* de 1863, tomo II, 726, 730, 745, 760, 773. Es explícito el siguiente brevísimo párrafo de Randón. «En el fondo, como todos los miembros del consejo, el mariscal era contrario á la expedición mejicana y hubiera querido terminarla lo más pronto posible. El patriotismo mejicano se exaltaba, y en Francia la opinión pública parecía cada vez más contraria á la expedición. Alentaban á nuestros adversarios los vivos ataques contra el gobierno de los miembros de la oposición en el Palacio Borbón.»

<sup>1</sup> Dayton á Seward, 27 de septiembre de 1861. Doc. 100, pág 212, Docs. de la Cámara de Diputados, segunda sesión Congreso XXXVII.